

ROMAN KRZNARIC



«El libro que  
agradecerán  
los hijos de  
nuestros hijos»  
THE EDGE, U2

# EL BUEN ANTEPASADO

Cómo pensar a largo plazo en  
un mundo cortoplacista

Capitán Swing®

# EL BUEN ANTEPASADO

Cómo pensar a largo plazo en  
un mundo cortoplacista

ROMAN KRZNARIC

Traducción de  
**Efrén del Valle**

*Capitán Swing* 



# EL BUEN ANTEPASADO

Cómo pensar a largo plazo en un mundo cortoplacista

*«La pregunta más importante que debemos hacernos es: “¿Estamos siendo buenos antepasados?”».*

JONAS SALK

*«Son las 3:23 de la madrugada y no puedo dormir porque mis biznietos me preguntan en sueños qué hacía yo mientras la Tierra se desmoronaba».*

DREW DELLINGER



## Prólogo

El coronavirus (COVID-19) se propagó por todo el mundo cuando este libro iba a imprenta. Como es comprensible, la pandemia ha centrado nuestra atención en el presente, y familias, comunidades, empresas y Gobiernos han actuado para enfrentarse a la feroz urgencia de la crisis. Ante tan inminente amenaza, ¿qué reflexiones ofrece el pensamiento a largo plazo?

La más obvia es que los países que ya habían hecho preparativos a largo plazo para posibles pandemias han podido, hasta el momento, afrontar el virus con especial eficiencia: mientras que Taiwán contaba con mecanismos de análisis y seguimiento de virus tras su experiencia con el brote de SARS en 2003, la respuesta en Estados Unidos se vio obstaculizada por la disolución de la unidad de pandemias del Consejo de Seguridad Nacional en 2018. Al mismo tiempo, los efectos catastróficos del coronavirus son un claro recordatorio de que deberíamos pensar, planificar y presupuestar de cara a los múltiples riesgos que acechan en el horizonte: no solo la amenaza de otras pandemias, sino la crisis climática y los avances tecnológicos desenfrenados.

La respuesta de la humanidad ante el virus tendrá consecuencias a largo plazo que influirán en las próximas décadas. Es posible que muchos Gobiernos intenten aferrarse a los poderes de emergencia que se han arrogado —como una mayor vigilancia al ciudadano—, lo cual dejará un residuo autoritario que socavará nuevas posibilidades democráticas. Por otro lado, la ruptura que ha causado la pandemia puede abrir un espacio para el replanteamiento fundamental de nuestras políticas, nuestras economías y nuestros estilos de vida. Al igual que diversas instituciones pioneras de largo recorrido como los estados del bienestar y la Organización Mundial de la Salud nacieron de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial, el coronavirus también podría fomentar el pensamiento a largo plazo que ahora necesitamos para afrontar los peligros del cortoplacismo y para generar resistencia ante un futuro muy incierto.

Tomando decisiones inteligentes —y a largo plazo— en este momento de crisis, podríamos convertirnos en los buenos antepasados que merecen las generaciones futuras.

Oxford, marzo de 2020

PARTE I

**LA PUGNA  
POR EL TIEMPO**



## **¿Cómo podemos ser buenos antepasados?**

Somos los herederos de los regalos del pasado. Pensemos en el inmenso legado de nuestros ancestros: los que sembraron las primeras semillas en Mesopotamia hace diez mil años, los que despejaron el terreno, los que construyeron los canales y fundaron las ciudades en las que vivimos ahora, los que hicieron los descubrimientos científicos, ganaron las batallas políticas y crearon las grandes obras de arte que nos han dejado en herencia. Raras veces nos paramos a pensar en cómo nos han cambiado la vida. La mayoría de sus nombres han sido olvidados por la historia, pero entre aquellos cuyo recuerdo pervive está el del investigador médico Jonas Salk.

En 1955, tras casi una década de concienzudos experimentos, Salk y su equipo desarrollaron la primera vacuna funcional y segura. Fue un descubrimiento extraordinario. En aquel momento, la polio paralizaba o mataba a más de medio millón de personas cada año en todo el mundo. Salk fue calificado inmediatamente de obrador de milagros. Pero a él no le interesaban la fama y

la fortuna, y no intentó patentar la vacuna. Su ambición era «ayudar de alguna manera a la humanidad» y dejar un legado positivo a las generaciones futuras. No cabe duda de que lo consiguió.

En años posteriores, Salk expresaba su filosofía de vida con una sola pregunta: «¿Estamos siendo buenos antepasados?».[1] Él creía que, igual que hemos heredado tantas riquezas del pasado, debemos legárselas a nuestros descendientes. Estaba convencido de que, para hacerlo —y para enfrentarse a crisis globales como la destrucción del mundo natural a manos de la humanidad y la amenaza de la guerra nuclear—, necesitábamos cambiar radicalmente nuestra perspectiva temporal por una mucho más centrada en un pensamiento a largo plazo y en las consecuencias de nuestras acciones cuando ya no estemos vivos. En lugar de pensar en una escala de segundos, días y meses, debíamos ampliar nuestros horizontes temporales de modo que abarcaran décadas, siglos y milenios. Solo entonces podríamos respetar y honrar realmente a las generaciones venideras.

La pregunta de Salk podría ser su mayor aportación a la historia. Formulada de una manera más activa —¿cómo podemos ser buenos antepasados?—, la considero la pregunta más importante de nuestro tiempo, una pregunta que ofrece esperanza para la evolución de la civilización humana. El desafío de responderla ha inspirado este libro, pero también planea sobre sus páginas. Nos llama a reflexionar sobre cómo seremos juzgados por las generaciones futuras y sobre si dejaremos un legado que las beneficiará o las perjudicará. La vieja aspiración bíblica

de ser un buen samaritano ya no basta. Es hora de una actualización para el siglo XXI: hay que ser un buen antepasado.

### **El futuro ha sido colonizado**

Convertirse en un buen antepasado es una tarea formidable. Las posibilidades de hacerlo vendrán determinadas por el resultado de una lucha para la mente humana que actualmente está librándose a escala global entre las fuerzas opuestas del pensamiento a corto y largo plazo.

En este momento de la historia, la fuerza dominante está clara: vivimos en una era de cortoplacismo patológico. Los políticos apenas ven más allá de las próximas elecciones o la última encuesta de opinión o tuit. Las empresas son esclavas del siguiente informe trimestral y de la constante exigencia de aumentar el valor de las acciones. Los mercados suben y caen en burbujas especulativas impulsadas por algoritmos que actúan en cuestión de milisegundos. Las naciones discuten en mesas internacionales, pensando en sus intereses a corto plazo mientras el planeta arde y desaparecen especies. Nuestra cultura de la satisfacción inmediata nos aporta sobredosis de comida rápida, mensajes trepidantes y el botón de «comprar ahora». «La gran ironía de nuestra era —escribe la antropóloga Mary Catherine Bateson— es que, aunque vivimos más tiempo, pensamos más a corto plazo».[2] Esta es la época de la tiranía del ahora.

El pensamiento a corto plazo no es en modo alguno un fenómeno nuevo. La historia está plagada de ejemplos,

desde la temeraria destrucción de los bosques milenarios en el Japón del siglo XVII hasta la especulación desbocada que condujo al crac de Wall Street en 1929. No siempre es negativo: igual que un progenitor podría tener que llevar repentinamente a un niño herido al hospital, un Gobierno debe responder con rapidez y agilidad a crisis como un terremoto o una epidemia. Pero, si repasamos las noticias diarias, veremos múltiples ejemplos de cortoplacismo perjudicial.[3] Gobiernos que prefieren la solución rápida de meter a más delincuentes entre rejas en lugar de tratar las causas sociales y económicas más profundas del delito. O seguir subvencionando al sector del carbón en lugar de apoyar la transición a las energías renovables. O rescatar a bancos insolventes después de una crisis en lugar de reestructurar el sistema financiero. O no invertir en sanidad preventiva, pobreza infantil o vivienda pública. O... La lista sigue y sigue.

Los peligros del cortoplacismo van mucho más allá del ámbito de las políticas públicas y, actualmente, nos han llevado a un punto crítico. Ello obedece, en primer lugar, a la creciente posibilidad de lo que se conoce como «riesgo existencial», que normalmente se refiere a acontecimientos poco probables pero de gran impacto que podrían ser causados por nuevas tecnologías. En lo alto de la lista figuran las amenazas de los sistemas de inteligencia artificial, como armas autónomas letales que no pueden ser controladas por sus fabricantes humanos. Otras posibilidades incluyen pandemias creadas genéticamente o una guerra nuclear provocada por un Estado rebelde en una época de inestabilidad política cada vez mayor. El

experto en riesgos Nick Bostrom se muestra especialmente preocupado por el futuro impacto de la nanotecnología molecular; le inquieta que los terroristas se apoderen de nanorrobots del tamaño de una bacteria que puedan llegar a descontrolarse y contaminar la atmósfera. Ante estas amenazas, muchos expertos en riesgos existenciales creen que hay una posibilidad entre seis de que la humanidad no llegue al final del siglo sin una pérdida catastrófica de vidas.[4]

La posibilidad de una debacle de la civilización debido a la implacable destrucción de los sistemas ecológicos de los cuales depende nuestro bienestar —y la propia vida— es igual de grave. Mientras seguimos extrayendo combustibles fósiles de manera irreflexiva, contaminando nuestros océanos y destruyendo especies a una velocidad que equivale a una «sexta extinción», la posibilidad de que haya impactos devastadores está cada vez más cerca. En nuestra era hiperconectada, dicha amenaza existe a escala mundial: no tenemos un planeta B al que huir. Según el historiador medioambiental Jared Diamond, esa destrucción ecológica ha sido el origen del hundimiento de las civilizaciones a lo largo de toda la historia humana. Su principal causa, argumenta, es una sobredosis de «decisiones a corto plazo» sumada a una ausencia de «pensamiento valiente a largo plazo».[5] Hemos recibido una advertencia.

Estos desafíos nos plantean la ineludible paradoja de que la necesidad de pensamiento a largo plazo es una cuestión de lo más apremiante que exige acciones inmediatas en el presente. «Ahora mismo nos enfrentamos a un desastre

humano a escala global, nuestra mayor amenaza en miles de años: el cambio climático», dijo David Attenborough a los líderes mundiales en los debates climáticos de Naciones Unidas en 2018. «Si no tomamos medidas, la destrucción de nuestras civilizaciones y la extinción de buena parte del mundo natural están en el horizonte». Según el naturalista, «lo que ocurra ahora y en unos pocos años afectará profundamente a los próximos milenios».[6]

Estas afirmaciones deberían ponernos en alerta roja, pero a menudo no explican quién pagará las consecuencias de nuestra miopía temporal. La respuesta es que no solo nuestros hijos y nietos, sino los miles de millones de seres humanos que nacerán en los próximos siglos y que superan con creces la cifra de seres vivos de la actualidad.

Ha llegado el momento, sobre todo para los habitantes de las naciones ricas, de reconocer una verdad inquietante: hemos colonizado el futuro. Tratamos el futuro como un lejano puesto colonial carente de personas al cual podemos arrojar degradación ecológica, riesgo tecnológico y residuos nucleares, y saquearlo a voluntad. Cuando Gran Bretaña colonizó Australia en los siglos XVIII y XIX, se sirvió de una doctrina legal actualmente conocida como *terra nullius* —«tierra de nadie»— para justificar su conquista y tratar a la población indígena como si no existiera o no tuviera derechos sobre la tierra.[7] A día de hoy, nuestra actitud como sociedad es la del *tempus nullius*: vemos el futuro como un «tiempo de nadie», un territorio no reclamado que también está exento de habitantes. Igual que los territorios lejanos del imperio, podemos adueñarnos de él. Igual que los indígenas australianos

siguen luchando contra el legado del *terra nullius*, también hay que batallar contra la doctrina del *tempus nullius*.

La tragedia es que las generaciones nonatas del mañana no pueden hacer nada contra ese pillaje colonialista de su futuro. No pueden arrojarse a los pies del caballo del rey como un sufragista, bloquear un puente de Alabama como un activista de los derechos civiles o participar en una marcha de la sal para desafiar a sus opresores coloniales como hizo Mahatma Gandhi. No se les conceden derechos ni representación política, y no tienen influencia en las urnas o el mercado. La gran mayoría silenciosa de las generaciones futuras queda desamparada y es expulsada de nuestra mente.

### **La emergencia conceptual del pensamiento a largo plazo**

Este no es el final de la historia humana. Nos encontramos en el que podría ser un punto de inflexión, donde múltiples fuerzas empiezan a aunarse en un movimiento global que pretende liberarnos de nuestra adicción al presente y forjar una nueva era de pensamiento a largo plazo.

Sus defensores incluyen a urbanistas, científicos especializados en climatología, médicos y consejeros delegados de empresas de tecnología que empiezan a reconocer que muchas de las crisis actuales —la amenaza del desmoronamiento del ecosistema, los riesgos de la automatización, el auge de la migración global de masas, una mayor desigualdad sanitaria— tienen su origen en un cortoplacismo estrecho de miras y que el antídoto obvio es más pensamiento a largo plazo. Al Gore aduce que «las

instituciones de gobierno han sido sobornadas por intereses personales obsesionados con ganancias a corto plazo en lugar de sostenibilidad a largo plazo». Al astrofísico Martin Rees le preocupa que haya «poca planificación, que se escrute poco el horizonte, que exista poca conciencia de los riesgos a largo plazo», y asegura que deberíamos aprender de China en lo tocante a políticas de largo alcance.[8] Chamath Palihapitiya, exdirectivo de Facebook, ha reconocido que «nuestros bucles cortoplacistas, motivados por la dopamina, están destruyendo el funcionamiento de la sociedad», mientras que el economista jefe del Banco de Inglaterra ha criticado abiertamente la «creciente marea de miopía» en los mercados de capital y el comportamiento empresarial.[9] Al mismo tiempo, se da un consenso internacional emergente sobre el hecho de que la vida de los pueblos futuros no debería quedar al margen de las deliberaciones morales y decisiones políticas de la actualidad. En los últimos veinticinco años, más de doscientas resoluciones de la ONU han mencionado explícitamente el bienestar de las «generaciones futuras», y el papa Francisco ha proclamado que la «solidaridad intergeneracional no es una opción, sino una cuestión básica de justicia».[10]

El hecho de que la ciudadanía crea cada vez más en la importancia del pensamiento a largo plazo como una prioridad para la civilización no tiene precedentes. Sin embargo, más impresionante que esa abundancia de buenas palabras ha sido la explosión de proyectos e iniciativas prácticos dedicados a convertirlas en realidad. El Banco Mundial de Semillas de Svalbard, construido en el

interior de un búnker de roca en el Ártico remoto, tiene por objetivo conservar más de un millón de semillas de seis mil especies durante al menos mil años. Existen nuevas estructuras políticas, como el Comisionado de las Generaciones Futuras de Gales y el Ministerio de Asuntos del Gabinete y de Futuro de Emiratos Árabes Unidos. Estas han ido acompañadas del activismo juvenil, incluyendo la campaña Plant for the Planet, iniciada en 2007 por Felix Finkbeiner, un alemán de nueve años, que ha permitido plantar decenas de millones de árboles en ciento treinta países. En las artes creativas, la composición *Longplayer* de Jem Finer empezó a sonar en un faro la medianoche del 31 de diciembre de 1999 y seguirá haciéndolo sin repeticiones durante un milenio.

El pensamiento a largo plazo parece estar cobrando impulso, pero hay un problema. Aunque puede encontrarse en ciertos sectores de las comunidades científica y artística, y en algunas empresas y activistas políticos visionarios, aún existe en los márgenes, no solo en Europa y Norteamérica, sino también en las potencias económicas emergentes del mundo. Hasta el momento no ha logrado penetrar en las estructuras de la mente moderna, que sigue atrapada por la camisa de fuerza del cortoplacismo.

Asimismo, como concepto, el pensamiento a largo plazo está sorprendentemente poco desarrollado. He participado en innumerables conversaciones en las que se ofrece como solución a los males de nuestro planeta, pero nadie sabe explicar qué es realmente. La expresión puede generar casi un millón de resultados en una búsqueda *online*, pero rara vez va acompañada de una idea clara de lo que significa,

cómo funciona, qué horizontes temporales intervienen y qué pasos debemos dar para convertirla en la norma. Aunque figuras públicas como Al Gore defiendan sus virtudes, sigue siendo un concepto abstracto, amorfo, una panacea sin principios ni programa. Ese vacío intelectual es nada menos que una emergencia conceptual.[11]

Si aspiramos a ser buenos antepasados, nuestra primera tarea es llenar ese vacío. Este libro intenta hacerlo ofreciendo seis maneras visionarias y prácticas de cultivar el pensamiento a largo plazo. Juntas ofrecen unas herramientas mentales básicas para cuestionar nuestra obsesión con el aquí y el ahora.

Mi interés en esos seis conceptos se basa en la profunda convicción de que las ideas son importantes. Coincido con H. G. Wells —quizá el pensador de futuros más influyente— en que «la historia humana es, en esencia, una historia de las ideas». Es la cultura imperante de las ideas la que condiciona la dirección de una sociedad, la que determina qué es pensable e impensable, qué es posible e imposible. Sí, factores como las estructuras económicas, los sistemas políticos y la tecnología tienen un papel vital, pero no debemos subestimar nunca el poder de las ideas. Pensemos solo en algunas que han sido sumamente influyentes: que la Tierra es el centro del universo; que actuamos fundamentalmente por interés propio; que los humanos son independientes de la naturaleza; que los hombres son superiores a las mujeres; o que el camino a la salvación es Dios, el capitalismo o el comunismo. Las llamemos visiones del mundo, marcos mentales, paradigmas o mentalidades, todas ellas han determinado el rumbo de las civilizaciones.

[12] Y, en este momento de la historia, el pensamiento a corto plazo —la creencia en la preponderancia del ahora— es una de las ideas predominantes y debe ser cuestionada con urgencia.

El músico y pensador cultural Brian Eno ya reconocía la importancia de esta cuestión en los años setenta cuando acuñó el término «largo ahora». Eno había empezado a percatarse de la multitud de gente que estaba inmersa en la mentalidad del «corto ahora», donde «ahora» equivalía a segundos, minutos o tal vez días. Un resultado de esta cultura cortoplacista de alta velocidad era la falta de preocupación por las generaciones futuras, que hacían frente a gran cantidad de amenazas, desde la destrucción del medio ambiente hasta la proliferación armamentística. «Nuestra empatía no se extiende hacia el futuro», escribió Eno. El antídoto era una concepción más prolongada del ahora, en la cual nuestra idea de lo que constituye «ahora» retrocede y avanza cientos o miles de años y nuestra visión moral se amplía con ella.[13] Este libro ofrece algunas bases para crear una «civilización del largo ahora», una civilización que ha superado su mentalidad colonial de esclavización de las futuras generaciones en el presente.

Durante más de una década, mis estudios y escritos sobre la empatía se han centrado en cómo podemos ponernos en la piel de personas de orígenes sociales diferentes en el mundo actual y comprender sus sentimientos y perspectivas (lo que técnicamente se conoce como «empatía cognitiva» o empatía «de adopción de perspectiva»). Pero durante mucho tiempo me he enfrentado a un reto aún mayor: cómo establecer una

conexión personal y empática con unas generaciones futuras a las que nunca llegaremos a conocer y cuya vida apenas podemos imaginar. En otras palabras: cómo empatizar no solo en el espacio, sino también en el tiempo. Este libro trata sobre cómo podemos hacerlo. En los tres años que he pasado escribiéndolo, me he dado cuenta de que la empatía no es el único puente que necesitamos para hacer avanzar en el tiempo nuestra visión moral y de que otros conceptos relacionados, como la justicia intergeneracional y las perspectivas indígenas de administración planetaria, también pueden tener un papel crucial. El resultado es un libro que emprende un viaje interdisciplinar por ámbitos que van desde la filosofía moral y la antropología hasta las últimas investigaciones en neurociencia, el arte conceptual y la politología. Si bien intenta tener en cuenta una amplia variedad de perspectivas sociales, económicas y culturales, el análisis se ve limitado inevitablemente por mi posicionamiento social, de modo que el «nosotros» que aparece en este libro suele referirse a los habitantes económicamente seguros de las naciones industrializadas de Occidente, a veces conocidas como el Norte global.

### **La pugna por el tiempo**

Las luchas de liberación nacional del siglo xx se efectuaron con armas de fuego. La lucha de liberación intergeneracional del siglo xxi es una batalla de las ideas que adopta la forma de una pugna titánica por el tiempo (ver más abajo). Por un lado, seis impulsores del cortoplacismo amenazan con llevarnos al borde de la

debacle de nuestra civilización. Por otro, seis maneras de pensar a largo plazo nos arrastran hacia una cultura de horizontes temporales más prolongados y de responsabilidad con el futuro de la humanidad.

Las seis maneras de pensar a largo plazo, tratadas en la segunda parte, son las aptitudes cognitivas esenciales para convertirse en un buen antepasado: una serie de actitudes, creencias e ideales fundamentales. Se circunscriben en tres grupos. Imaginar el futuro se basa en la Humildad del Tiempo Profundo y en desarrollar un Objetivo Trascendental para la humanidad. Preocuparse por el futuro requiere una Mentalidad de Legado y un sentido de la Justicia Intergeneracional. Planificar el futuro más allá de nuestra propia vida es una aptitud que nace del Pensamiento Catedral y la Previsión Holística. Por sí solo, ninguno de ellos bastará para crear una revolución de la mente humana a largo plazo. Pero si se unen y son practicados por una masa crítica de personas y organizaciones, podría empezar una nueva era de pensamiento a largo plazo a partir de su sinergia.

# La pugna por el tiempo



## Seis impulsores del cortoplacismo

### La tiranía del reloj

La aceleración del tiempo desde la Edad Media



### Distracción digital

El secuestro de la atención por parte de la tecnología



### Presentismo político

Enfoque miope en las próximas elecciones



### Capitalismo especulativo

Auges y caídas: volatilidad de los mercados financieros



### Incertidumbre interconectada

Auge del riesgo global y contagio



### Progreso perpetuo

La búsqueda del crecimiento económico incesante



## Seis maneras de pensar a largo plazo

### Humildad del tiempo profundo

Comprender que somos un parpadeo en el tiempo cósmico

### Mentalidad de legado

Ser bien recordado por la posteridad

### Justicia intergeneracional

Tener en cuenta a la séptima generación futura

### Pensamiento catedral

Planificar proyectos más allá de la duración de la vida propia

### Previsión holística

Idear múltiples rutas para la civilización

### Objetivo trascendental

Aspirar a la prosperidad planetaria

Gráfico: Nigel Hawtin

Aunque los impulsores del cortoplacismo que aparecen a lo largo del libro representan una fuerza formidable, su victoria en la pugna por el tiempo no está ni mucho menos

garantizada. Contrariamente a la opinión popular, el pensamiento a largo plazo podría ser uno de los mayores talentos no reconocidos de nuestra especie. No solo pensamos rápido y lento, como nos ha enseñado Daniel Kahneman; también pensamos a corto y a largo plazo. La capacidad para pensar y planificar en periodos prolongados está integrada en nuestro cerebro y ha permitido hitos monumentales, como la construcción de las alcantarillas de Londres después del Gran Hedor de 1858, la inversión pública del New Deal de Roosevelt y las fervorosas luchas de los activistas contra la esclavitud y los defensores de los derechos de las mujeres. Tal como descubriremos, lo que infunde potencial y poder a las seis maneras de pensar a largo plazo es el ingrediente evolutivo secreto.

¿Cómo puede transformarse el salto al pensamiento a largo plazo en acciones que remodelen los contornos de la historia? Esta pregunta es el tema de la tercera parte, que cuenta la historia de una banda de «rebeldes del tiempo» pioneros que luchan contra el cortoplacismo desenfrenado del mundo moderno e intentan poner en práctica los seis conceptos. Estos incluyen el movimiento global contra el cambio climático, liderado por la adolescente sueca Greta Thunberg, además de organizaciones como Extinction Rebellion, del Reino Unido, y Our Children's Trust, de Estados Unidos. Podemos encontrar a otros rebeldes en el movimiento radical de la economía regenerativa y entre los defensores de las asambleas ciudadanas, desde España hasta Japón.

Se enfrentan a oponentes formidables, incluidos quienes intentan secuestrar el pensamiento a corto plazo con fines

egoístas, especialmente en el sector financiero. Según declaraba con orgullo Gus Levy, exdirector del banco de inversión Goldman Sachs: «Somos avariciosos, pero a largo plazo, no a corto plazo».[14] Asimismo, los rebeldes del tiempo deben enfrentarse a la cruda realidad de que algunas de las maneras fundamentales en que organizamos la sociedad, desde las naciones-Estado y la democracia representativa hasta la cultura del consumo y el propio capitalismo, ya no son adecuadas para la época en que vivimos. Se inventaron hace siglos, en el Holoceno —la era geológica de diez mil años de duración y un clima estable durante la cual prosperó la civilización humana—, un momento en el que nuestro planeta podía absorber prácticamente todo el impacto ecológico del progreso material, los costes y riesgos de las nuevas tecnologías y las tensiones provocadas por el aumento demográfico. Esa época ha pasado y nos dirigimos hacia el Antropoceno, la nueva era en la que los humanos han creado un sistema terrestre inestable que se ve amenazado por la desintegración geológica.[15]

Este es el clásico problema del teclado QWERTY pero a lo grande: igual que la disposición de nuestros ineficaces teclados QWERTY fue diseñada en la década de 1860 alejando las letras de uso habitual para impedir que las teclas de las máquinas de escribir se atascan, cargamos con instituciones que fueron concebidas para los desafíos de otra época. Es prácticamente imposible no llegar a la conclusión de que si queremos crear un mundo adecuado para las generaciones actuales y futuras, tendremos que replantear de manera profunda algunos aspectos cruciales

de la sociedad —cómo funcionan nuestras economías y políticas, cuál es el aspecto de nuestras ciudades— y cerciorarnos de que se sustentan en nuevos valores y objetivos para garantizar que la humanidad prospere a largo plazo. Y disponemos de muy poco tiempo para hacerlo.

¿Existe un horizonte temporal idóneo al que deberíamos aspirar en la guerra contra el cortoplacismo? Este libro propone cien años como umbral mínimo para el pensamiento a largo plazo. Actualmente es lo que dura una vida humana, y nos lleva más allá de los límites del ego que plantea nuestra propia mortalidad para que empecemos a imaginar futuros en los que podemos influir aunque no participemos en ellos.<sup>[16]</sup> Se extiende mucho más allá del máximo de cinco o diez años que vemos en las empresas y abarca el horizonte temporal de acciones como plantar un roble, que madurará mucho después de que nosotros nos hayamos ido. También podemos aprender de quienes poseen una visión más a largo plazo. La toma de decisiones a siete generaciones vista de muchos pueblos indígenas comprende un periodo de casi dos siglos. La Long Now Foundation de California es aún más ambiciosa y sitúa el horizonte temporal en diez mil años, aduciendo que las primeras civilizaciones humanas aparecieron hace diez milenios, al final de la última Edad de Hielo, así que deberíamos desarrollar la misma perspectiva sobre el futuro.<sup>[17]</sup> Tenemos que ser atrevidos con nuestra imaginación temporal. Como mínimo, cuando aspire a pensar «a largo plazo», respira hondo y piensa «cien años o más».

### **La idea de la esperanza radical**

¿Verdaderamente podemos llevar a cabo este cambio paradigmático de manera que el pensamiento a largo plazo impregne no solo nuestras decisiones personales, sino el tejido mismo de nuestras instituciones públicas, nuestros sistemas económicos y nuestra vida cultural? El crítico literario Terry Eagleton hace una útil distinción entre optimismo y esperanza.<sup>[18]</sup> El optimismo puede concebirse como una disposición alegre a ver siempre el lado positivo de la vida a pesar de las evidencias. Es una actitud que fácilmente puede dar pie a la complacencia y la inacción. Por su parte, la esperanza es un ideal más activo y radical que reconoce la verdadera posibilidad del fracaso, pero que al mismo tiempo se aferra a la perspectiva del éxito a pesar de las circunstancias, impulsado por un profundo compromiso con un resultado que se aprecia.

Este libro versa más sobre la esperanza que sobre el optimismo. Cabe la posibilidad de que la humanidad no despierte de su sueño cortoplacista hasta que se produzca un cataclismo extremo, y puede que entonces ya sea demasiado tarde para alterar el rumbo, como ocurrió con el destino autodestructivo del Imperio romano y de los mayas. Pero la posibilidad de una destrucción de la civilización no es en modo alguno inevitable, sobre todo si aprovechamos el poder de la acción colectiva para forjar un cambio radical. La primera lección que nos enseña la historia es que nada es inevitable hasta que sucede. Deberíamos sentir esperanza al recordar que el colonialismo y la esclavitud se acabaron. Deberíamos tener esperanza en el potencial transformador de las seis maneras de pensar a largo plazo

y en la rebelión temporal emergente dedicada a ganar la guerra contra el cortoplacismo. También deberíamos reconocer que las generaciones futuras nunca nos perdonarían que tiráramos la toalla cuando aún había la posibilidad de un cambio, fueran cuales fueran las circunstancias. Debemos oír sus voces en nuestros sueños y tenerlas en cuenta al tomar decisiones.

El camino del buen antepasado se extiende ante nosotros. Seguirlo o no es decisión nuestra.

---

[1] Salk mencionó por primera vez el concepto del «buen antepasado» en 1977 (Jonas Salk, «Are We Being Good Ancestors?», discurso de aceptación del Premio Jawaharlal Nehru al Entendimiento Internacional, Nueva Delhi, 10 de enero de 1977. Reeditado en *World Affairs: The Journal of International Issues*, vol. 1, n.º 2 [diciembre de 1992]). Otros nombres que se han sentido inspirados por ese concepto —que podría tener su origen en las culturas indígenas— incluyen al activista medioambiental David Suzuki, el crítico cultural Lewis Hyde, la activista de Dakota Winona LaDuke, los futuristas Bina Venkataraman y Ari Wallach, la activista de la justicia racial Layla Saad, el pensador del diseño Alan Cooper, el pensador del liderazgo James Kerr, el escritor especializado en naturaleza Robert Macfarlane y el estratega tecnológico Tyler Emerson. Para la filosofía de Salk sobre el pensamiento a largo plazo, véase Jonas Salk, *Anatomy of Reality: Merging of Intuition and Reason*, Columbia University Press, 1983, pp. 8, 12, 105, 109, 114-118, 122-123; Jonathan Salk, «Planetary Health: A New Perspective», *Challenges*, vol. 10, n.º 7 (2019), p. 5; y *A New Reality: Human Evolution for a Sustainable Future* de Jonas Salk y Jonathan Salk, City Point Press, 2018.

[2] Mary Catherine Bateson, *Composing a Further Life: The Age of Active Wisdom*, Vintage, 2011, p. 22.

[3] Véase Simon Caney, «Democratic Reform, Intergenerational Justice and the Challenges of the Long-Term», Centre for the Understanding of Sustainability Prosperity, Universidad de Surrey, 2019, p. 4, para el concepto de «cortoplacismo perjudicial». Para un análisis exhaustivo del cortoplacismo en política, véase Jonathan Boston, *Governing the Future: Designing Democratic Institutions for a Better Tomorrow*, Emerald, 2017.

[4] Toby Ord, el experto en riesgos existenciales y filósofo de la Universidad de Oxford, sitúa la cifra en una entre seis (siendo la mayor amenaza la

inteligencia artificial), mientras que un sondeo del Future of Humanity Institute arrojó una cifra más elevada, del 19 % (Toby Ord, *The Precipice*, Bloomsbury, 2020, p. 167); <https://thebulletin.org/2016/09/how-likely-is-an-existential-catastrophe/>). Cuando le pedí al investigador de riesgos existenciales Anders Sandberg su cálculo, respondió que «solo hay un 12 % de posibilidades de que estemos condenados» (conferencia en The Hub, Oxford, 21 de mayo de 2018). Medir los componentes del riesgo existencial es, sin duda, una ciencia inexacta y un tanto especulativa. Para los miedos de Nick Bostrom a la nanotecnología, véase <https://www.nickbostrom.com/existential/risks.html>.

[5] <https://www.theguardian.com/society/2005/jan/13/environment.science>; Jared Diamond, *Collapse: How Societies Choose to Fail or Survive*, Penguin, 2011, p. 522 [trad. cast.: *Colapso*, Debolsillo, 2021]. Véase también Will Steffen y Johan Rockström *et al.*, «Trajectories of the Earth System in the Anthropocene», *PNAS*, vol. 115, n.º 33, 2019.

[6] Citas del discurso de Attenborough en las conferencias climáticas COP24 de la ONU en Polonia el 3 de diciembre de 2019, y su programa de BBC TV *Climate Change: The Facts*, emitido el 18 de mayo de 2019.

[7] Mi uso del término *terra nullius* se basa en el trabajo de Henry Reynolds, el historiador de los derechos de las tierras indígenas de Australia: <https://www.themonthly.com.au/books-henry-reynolds-new-historical-landscape-responce-michael-connor039s-039the-invention-terra-nul#mtr>. La idea del futuro como un territorio colonizado se menciona por primera vez, hasta donde yo sé, en los escritos del pionero futurista austriaco Robert Jungk, *Tomorrow is Already Here: Scenes from a Man-Made World*, Rupert Hart Davis, 1954, pp. 16-19. La metáfora aparece de manera más explícita en la obra del estudioso de la previsión Jim Dator («Decolonizing the Future», en Andrew Spekke (ed.), *The Next 25 Years: Challenges and Opportunities*, World Future Society, 1975), y la socióloga Barbara Adam (*Time*, Polity Press, 2004, pp. 136-143).

[8] Martin Rees, *On the Future: Prospects for Humanity*, Princeton University Press, 2018, pp. 226-227 [trad. cast.: *En el futuro*, Crítica, 2019]. Sus comentarios sobre China provienen de una charla sobre su último libro, *On the Future*, en Blackwell's Bookshop, Oxford, el 5 de noviembre de 2018.

[9] «The Short Long», discurso de Andy Haldane, Bruselas, mayo de 2011, <https://www.bankofengland.co.uk/-/media/boe/files/speech/2011/the-short-long-speech-byandrew-haldane>.

[10] «Global Guardians: A Voice for the Future», Mary Robinson Foundation y Climate Justice Position Paper, abril de 2017, p. 6; papa Francisco, «Laudato Si», encíclica del Santo Padre Francisco, Ciudad del Vaticano, Roma, 2015, pp. 118, 178.

[11] Entre las pocas excepciones a este vacío intelectual figura el concepto del «largo camino» de Ari Wallach: <https://www.longpath.org>. Gracias a

Graham Leicester por la idea de una «emergencia conceptual»: <http://www.internationalfuturesforum.com/s/223>.

[12] Para un análisis de esas teorías del cambio social, véase mi informe para Oxfam «Cómo sucede el cambio. Perspectivas Interdisciplinarias para el Desarrollo Humano», Informe de Investigación de Oxfam, 2007, <https://oxfamilibrary.openrepository.com/bitstream/handle/10546/112539/rr-how-change-happens-human-development-260207-summary.pdf;jsessionid=5D1FB8029B16DF809C71BF27EB3F9215?sequence=3>.

[13] Brian Eno, «The Big Here and Long Now», Long Now Foundation, San Francisco, 2000.

[14] Charles D. Ellis, *The Partnership: The Making of Goldman Sachs*, Penguin, 2009, pp. 177-180.

[15] John Dryzek, «Institutions for the Anthropocene: Governance in a Changing Earth System», *British Journal of Political Studies*, vol. 46 n.º 4, 2014, pp. 937-941.

[16] Para un análisis de diferentes marcos temporales para idear el futuro, véase Richard Slaughter, «Long-Term Thinking and the Politics of Reconceptualization», *Futures*, vol. 28, n.º 1, 1996, pp. 75-86.

[17] Stewart Brand, *The Clock of the Long Now: Time And Responsibility*, Phoenix, 1999, pp. 4-5.

[18] Terry Eagleton, *Hope Without Optimism*, Yale University Press, 2015, pp. 1-38 [trad. cast.: *Esperanza sin optimismo*, Taurus, 2016].